



INTERNATIONAL CATHOLIC  
CHARISMATIC RENEWAL SERVICES

SIRVIENDO A LA  
RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN LA  
IGLESIA CATÓLICA DESDE 1972

## EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:  
**RCC contemplativa y  
carismática**

Cyril John

El Espíritu sopla donde quiere:  
**El Señor Jesús, cabeza  
de la Renovación**

Maria José C. de Ortiz

Preguntas a la Comisión  
Doctrinal de ICCRS:

**¿Debería buscar  
experiencias religiosas?**

# BOLETÍN DE ICCRS PARA SERVIDORES

Formación para líderes actuales y nuevos de la RCC

VOLUMEN XXI, NÚMERO 2

MARZO - ABRIL 2015

Guiados por el Espíritu:

## RCC contemplativa y carismática

Cyril John



**R**CC, ¿es posible ser contemplativo y carismático? Parece persistir entre algunos la impresión de que la Renovación Carismática Católica solo se basa en hacer alabanzas escandalosas, orar en lenguas, levantar las manos, aplaudir, gritar «¡aleluya!», etcétera. Por tanto, las personas tienden a pensar que lo carismático y lo contemplativo son contradictorios y no combinan. Pero el hecho es que lo contemplativo y lo carismático no son contradictorios sino complementarios. Conozco a una cantidad de personas que se iniciaron en la Renovación Carismática, pero han pasado a un estilo de vida más profundo y contemplativo.

De hecho, la experiencia carismática comienza y crece mediante una experiencia contemplativa llamada bautismo en el Espíritu Santo. Esta experiencia puede variar de una persona a otra, pero en realidad es una experiencia concreta de la «gracia de Pentecostés», en la que la acción del Espíritu Santo se hace una realidad experimentada en la vida de cada uno. Esto es algo muy similar a la gracia de la contemplación que santa Teresa de Ávila llama «deleites o gustos espirituales», el experimentar el amor de Dios.

Por eso al referirse a la Renovación, el papa Juan Pablo II escribió: «Pues esto son los cristianos: personas que se han enamorado de Cristo. Y es por ello que la Renovación Carismática ha sido un don para la Iglesia: ha conducido a una multitud de hombres y mujeres,

jóvenes y ancianos, a esta experiencia de amor que es más fuerte que la muerte».

El primer momento de la Renovación Carismática sucedió hace unos 2 000 años en Pentecostés. El Espíritu Santo apareció

como fuego, se escuchó un sonido como de un viento impetuoso que llenaba toda la casa donde los apóstoles estaban orando con María, la madre del Señor. Y todos se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas. Desde entonces, a lo largo de los siglos, han existido muchos momentos así en que el Espíritu Santo ha descendido sobre uno o muchos para llevar de nuevo a Dios a cuantos más sea posible.

Sería equivocado concluir que todas las manifestaciones externas en el primer Pentecostés en el cenáculo se quedaron confinadas solo a lo exterior. Pente-



costés mismo fue el resultado de la contemplación y la oración de María y los discípulos en la estancia superior. La efusión extraordinaria del Espíritu Santo sobre los presentes en el cenáculo se manifestó con ciertos signos externos que condujeron a la experiencia interna del Espíritu en los apóstoles. Los signos son reales y su propósito es dirigirnos a las acciones interiores que representan. Durante las vísperas de Pentecostés, el 29 de mayo de 2004, el papa Juan Pablo II hizo alusión a esto: «Deseo que la espiritualidad de Pentecostés se difunda en la Iglesia, como renovado impulso de oración, de santidad, de comunión y de anuncio».

Existen dos tipos de silencio: el silencio exterior y el interior. Uno complementa al otro, uno hace posible al otro; incluso cuando se alcanza el silencio externo, el interior puede ser muy ruidoso. Lo que es importante es lograr el silencio interior. Aun durante una sesión de alabanza exterior, uno puede experimentar el silencio interior. Después de un momento de alabanza dinámica, el grupo es conducido normalmente a un momento de silencio absoluto, y es cuando los miembros de la Renovación se ven llamados a experimentar tanto el silencio exterior como el interior y a entrar en un momento de comunión más profunda con el Señor. Sin la contemplación, la Renovación Carismática terminaría siendo «un metal que resuena o un címbalo que aturde» (1 Cor 13, 1).

### Preparen a nuestro pueblo para ser contemplativo

En uno de los encuentros de líderes de la RCC, un miembro anciano de la Iglesia no dejaba de repetir que podía ver mucha oración y gritos en ella, pero que no percibía el elemento contemplativo. Entonces el obispo encargado de la Renovación en la región se levantó para indicar que tampoco percibía mucha contemplación incluso entre sacerdotes que pasan de doce a quince años de formación antes de ser ordenados. Entonces se preguntaba cómo uno podía esperar que laicos corrientes que habían experimentado un reavivamiento en su vida de pronto

«**Aquellos, entonces, que tienen este don sobrenatural, no deberían desearlo o regocijarse en su uso, ni deberían preocuparse de ejercerlo.**»



entraran en una vida más profunda de contemplación.

Los miembros de la Renovación necesitan ser formados para crecer en la vida contemplativa. Existen cantidades de cursos de espiritualidad que forman en la contemplación. Los que están sirviendo deberían asistir a esos cursos para poder animar a otros hacia una vida de espiritualidad más profunda y contemplativa.

### ¿Cómo se logra?

Santa Teresa de Ávila dijo que le llevó casi veinte años hacerse una auténtica contemplativa. Dios da el don de la contemplación a aquellos que están dispuestos a ello. La oración contemplativa tiene dos fases. La primera es entrar en la contemplación. Esto se hace posible cuando en fe, esperanza y con amor anhelante entramos en contacto con la presencia de Dios. Comienza con saber en fe que él está realmente presente y buscar de todo corazón tocarlo y que él nos toque. La segunda es la contemplación infusa. Esto sucede cuando, por su gracia, como un don gratuito, Dios nos da una conciencia real de su presencia. Esto puede suceder de muy diversas maneras: experimentando los frutos del Espíritu —por ejemplo, el amor, la alegría, la paz—; por medio de una seguridad del corazón de que él está presente, o de alguna otra manera. La contemplación infusa es dada a aquellos que no dejan de pedir, no dejan de buscar, no dejan de llamar hasta que se les abra la puerta (cf. Mt 7, 7).

Para entrar en la oración contemplativa uno debe sentarse y relajarse y luego despacio y deliberadamente dejar que todas las tensiones vayan desapareciendo. Buscar suavemente una conciencia de la presencia inmediata y personal de Dios, buscar la paz y el silencio interior; dejar que la mente, el corazón, la voluntad y los sentidos de uno se tranquilicen y serenen; dejar que las tormentas interiores amainen. «Busca la paz y corre tras ella» (Sal 34, 15). Esto debería conducirnos a las palabras del salmista: «Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré y tocaré, gloria mía» (108, 2). Luego abrirse a la conciencia de la presencia de Dios: él se hace presente en nuestro espíritu y está atento a nuestra conciencia de él. En, con por medio de Jesús, él derrama su Espíritu, haciendo que uno grite: «Abba, Padre». Nos llena de agradecimiento y alabanza por su maravillosa presencia.

En silencio, buscamos a Dios con anhelo, acudimos a él. El foco de nuestra mente y corazón será Dios. La oración ha de descender de la cabeza al corazón. Y cuando el corazón comienza a orar habrá una afluencia de gracia por la que conocemos a Dios en nuestro corazón de una nueva manera. Pasar tiempo rindiéndonos a Dios es una manera de cumplir su mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» (Mt 22, 37). Nuestra manera de amarlo reside en rendir todas y cada una de las partes de nosotros mismos a él y buscar ser amados y llenados por él. Rendir cada aspecto de nuestro ser; rendir problemas y preocupaciones; rendir el corazón, los sentimientos, el amor; rendir toda la

personalidad. Mirarlo fijamente. Su presencia se hace real. Nuestra oración ya no es más que una conciencia amorosa de él.

Entonces Dios responde. Quiere hacer su morada en nuestros corazones (Jn 14, 23). Su presencia trae una paz espiritual profunda; una mayor serenidad, un brote de alegría y amor, una lluvia de gracia, un fuerte deseo de alabarlo y darle gracias. Su presencia trae poder para servirle y proclamarlo, para dar testimonio de su Reino, para traer sanación en su nombre, para traer paz y unidad a las personas de buena voluntad. Cuando él se ha dado a conocer o nos ha tocado con su Espíritu y llenado con su gracia y su paz, espontáneamente comenzaremos a darle gracias y a alabarlo.

### Los frutos asociados al ser de una persona carismática contemplativa

Teresa de Ávila dio testimonio de la eficacia de la oración contemplativa cuando dijo: «Si intentarás vivir en la presencia de Dios durante un año, te verías al final de él en la cumbre de la perfección, aunque sin darte cuenta».

A pesar de nuestras buenas intenciones, nos encontramos impotentes para superar nuestra debilidad y faltas como la crítica, la impaciencia, el enfado, las palabras duras, los resentimientos y cosas parecidas. Pero cuando buscamos a Dios en la quietud y nos rendimos a él a través de la oración contemplativa, nuestras debilidades pierden parte de su poder sobre nosotros. Otro efecto de la contemplación es traer equilibrio y sanación a nuestras vidas. Esta oración nos ayuda además a reducir la tensión y el nerviosismo.

Otro efecto saludable de esta oración es que, por la acción del Espíritu Santo, nos hacemos más plena y verdaderamente humanos. Cuanto más vivimos en la presencia de Dios, más verdaderamente nos convertimos en nosotros mismos: las personas que Dios siempre quiso que fuésemos. Aumenta nuestra capacidad de una genuina relación personal y nuestra capacidad de empatizarnos y compadecernos de los sentimientos, situaciones y necesidades de las demás personas.

Déjeme concluir con el sensato consejo dado por san Juan de la Cruz: «Aquellos, entonces, que tienen este don sobrenatural, no deberían desearlo o regocijarse en su uso, ni deberían preocuparse de ejercerlo. Dios, que concede la gracia sobrenaturalmente para la utilidad de la Iglesia o sus miembros, también moverá a los dotados sobrenaturalmente en la manera y tiempo en que deban utilizar su don. Ya que el Señor ordenó a sus discípulos que no se preocuparan sobre qué hablar o cómo hablar, porque se trataba de algo sobrenatural de la fe, y ya que estas obras son también un asunto sobrenatural él querrá que estas personas esperen hasta que él sea el obrero, moviendo sus corazones (Mt 10, 19; Mc 13, 11). Pues es por el poder de Dios que debería ejercerse todo otro poder. En los Hechos de los Apóstoles, los discípulos le suplicaron en oración que extendiera su mano y obrara signos y curaciones a través de ellos, de modo que la fe en nuestro Señor Jesucristo penetrara los corazones (Hch 4, 29-30)».

El Espíritu sopla donde quiere:

# El Señor Jesús, cabeza de la Renovación

■ Maria José C. de Ortiz



*El 1 de junio de 2014 en la Convocación Nacional de la Renovación Carismática Católica realizada en Roma, el papa Francisco expresó: «Cuando pienso en vosotros carismáticos me viene a la mente la misma imagen de la Iglesia, pero en una forma particular: pienso en una gran orquesta en que cada instrumento es distinto y también las voces son distintas, pero todos son necesarios para la armonía de la música. San Pablo nos lo dice en el capítulo 12 de la Primera carta a los Corintios. Así como en una orquesta, que nadie en la Renovación piense que es más importante o más grande que otro, por favor. Porque cuando alguno de vosotros se cree más importante que otro o más grande comienza la peste. Nadie puede decir: “Yo soy la cabeza”. Vosotros como toda la Iglesia tenéis una sola cabeza, un solo Señor: el Señor Jesús. Repetid conmigo: ¿Quién es la cabeza de la Renovación? ¡El Señor Jesús! ¿Quién es la cabeza de la Renovación? Todos: ¡El Señor Jesús!».*

¿Por qué el papa luego de afirmar de modo tajante que la cabeza de la Renovación es el Señor Jesús preguntó dos veces: «¿Quién es la cabeza de la Renovación?»? Porque deseaba imprimir en nuestros corazones que en la Renovación no debe haber nadie que se crea más grande o más importante que los demás, porque la Renovación como la Iglesia tiene un solo Señor (cf. Ef 4, 5) y todo el cuerpo está llamado a crecer hasta aquel que es la cabeza, Cristo, en quien todo el cuerpo tiene trabazón y cohesión (cf. Ef 4, 15-16).

El papa por haber sido asesor de la Renovación en Argentina, la conoce bien por dentro. Al reiterar la pregunta de quién es la cabeza de ella sabe que a veces algunos de nosotros nos creemos más importantes o más grande que otros, nos creemos con el derecho de ser maestros de otros indicando lo que debe hacerse y, entonces, Jesús el Señor deja de ser la cabeza de la Renovación y seguimos lo que dice tal hermano o tal otro y comienza la división, la peste, como señala el santo padre. Cuando nos decimos líderes de la Renovación y los hermanos comienzan a mirarnos a nosotros, a lo que hacemos, lo que decimos, entonces los hermanos en lugar de mirar a la cabeza que es Cristo el Señor, comienzan a seguirnos a nosotros y ahí empieza la división. Como entre los primeros cristianos, el «yo soy de Pablo» y otro, «yo de Apolo» (1 Cor 3, 4), se vuelve a repetir, rompiéndose la unidad de cuerpo. «En definitiva, ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Servidores a través de los cuales accedisteis a la fe» (1 Cor 3, 5). Así, nos apartamos del único Maestro (Mt 23,8) y comienza la peste como señala el sumo pontífice.

En cambio, si la Renovación no pierde el norte, y si en lugar de seguir a ciertos líderes, seguimos a Jesús, el único Señor, la única Cabeza, el único Maestro, se hará realidad la oración de Jesús al Padre por sus discípulos: «para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti... para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21).

La Renovación, por haber nacido por obra del Espíritu como los

apóstoles en Pentecostés, está llamada a salir a proclamar, a gritar la Buena Nueva que es el Evangelio en todos los ambientes dentro y fuera de la Iglesia para cumplir con la misión que Jesús dio a sus discípulos: «Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15).

La Renovación es corriente de gracia para la Iglesia y para el mundo, como lo ha señalado el papa Francisco y, anteriormente, Pablo VI y Juan Pablo II. Impulsada por el Espíritu Santo debe ser un ejército unido al servicio de Dios que lleve a todos a arrodillarse ante Jesús el Señor (cf. Hech 4, 12). La Renovación debe proclamar unida la Buena Noticia al mundo. Debe proclamar que Jesús está vivo y que quiere la salvación de todos los hombres, pues Dios «quiere que todos los hombres se salven» (1 Tim 2,4) y que lo que proclamamos no es historia que se nos ha transmitido, sino que al habernos encontrado con Jesús vivo podemos decir con el apóstol Juan: «Eso que hemos visto y oído se lo anunciamos a ustedes» (1 Jn 1, 3).

La principal gracia que el Espíritu Santo ha dado a la Renovación es el bautismo en el Espíritu. Por él sabemos que Jesús vive hoy, está vivo, ha resucitado de entre los muertos y por su Espíritu está en medio de nosotros. Esa verdad, irrefutable, nos la da el Espíritu Santo, que se derramó sobre los apóstoles en Pentecostés, y se sigue derramando hoy en todos los que de «corazón» hacen a Jesús, Señor de sus vidas. Ese mismo Espíritu es el que mueve a proclamar con poder: «¡Jesús es Señor!» (1 Cor 12, 3), verdad que expresada es potente, porque viene de arriba, de lo alto y nadie la puede negar ni refutar, como nadie podía refutar a los apóstoles que Jesús es Señor después de Pentecostés (Hech 4, 12).

Fijos los ojos en Jesús ¡el Señor! que bautiza en el Espíritu Santo (Lc 3, 16), la Renovación tendrá siempre a Jesús como cabeza de ella, y cumplirá con gozo con su misión: evangelizar, porque evangelizar es llevar al mundo la mejor de las noticias, es comunicar a los hombres que Dios los ama y quiere lo mejor para ellos, que es su vida fluyendo en todos, vida que no se acaba, pues fluye hasta la vida eterna.

Hermanos servidores de la Renovación: los papas han descrito a la Renovación como corriente de gracia para la Iglesia y para el mundo. Es y se mantendrá como corriente de gracia solo si permanece unida a la vida que es Jesús (Jn 15), solo si sacia su sed de agua viva, del manantial que la produce, que es Jesús (Jn 7, 37). Hemos creído en Jesús, le hemos entregado nuestra vida, le hemos hecho Señor de nuestro presente, pasado y futuro y él ha cumplido su palabra bautizándonos en su Espíritu (Jn 7, 38). Pero he aquí lo importante: que ahora, quizás después de muchos años de haber nacido de arriba (Jn 3, 7) sigamos amándolo con todo nuestro ser, amor que se expresa en la oración íntima, diaria y prolongada con él, en la lectura y encarnación diaria de su Palabra en nuestra vida y en la frecuente comunión con él en la Eucaristía. Solo si tenemos esa intimidad con él, seremos honestos para contestar: ¡El Señor Jesús es la cabeza de la Renovación! 🍷



## PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a [newsletter@iccrs.org](mailto:newsletter@iccrs.org)

# ¿Debería buscar experiencias religiosas?

Esta pregunta revela una sed. Quizás es la sed de aquellos que han sido bautizados de niños pero que, en palabras del papa Francisco, «no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe» (Evangelii gaudium 14). O quizás es la sed de aquellos que han estado buscando la plenitud en «alternativas» espirituales apartados de Cristo. O, por último, puede ser la sed de aquellos que son activos en su fe y que incluso han recibido en el pasado el bautismo en el Espíritu, pero ahora se encuentran en una temporada en la que el Señor parece distante. En el Evangelio según san Juan, Jesús proclama: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”» (Jn 7, 37-38). Jesús mismo es la respuesta a la sed más profunda del corazón humano.

El amplio panorama de la Escritura, de principio a fin, se centra en la relación entre Dios y el hombre a través de Jesucristo. El propósito de la sed que Dios ha puesto en el corazón humano es esto mismo: atraernos hacia Jesús. El papa Francisco ha enfatizado la centralidad del encuentro con Jesús: «Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso» (Evangelii gaudium 3).

Nuestra búsqueda espiritual, entonces, no debe ser para experiencias espirituales o un «subidón espiritual» en un sentido genérico, sino para un encuentro renovado con Jesús y una conciencia más profunda del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. No existe límite con respecto a cuánto deberíamos buscar esto. Como escribió san Agustín, Dios «ha despertado en nosotros un gran anhelo de esa dulce experiencia de su presencia dentro de nosotros; por el crecimiento cotidiano lo adquirimos». Y san Bernardo de Claraval escribió sobre el amor de la Esposa celestial que experimentamos solo por el toque del Espíritu Santo: «Que aquellos sin experiencia ardan de deseo para que no sea tanto lo que sepan como la experiencia».

En el salmo 36, 8-9 el autor canta sobre el amor misericordioso de Dios: «¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!, los humanos se acogen a la sombra de tus alas; se nutren de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias». Comentando este pasaje, santo Tomás de Aquino escribió: «Este es el amor del Espíritu Santo que provoca una fuerza en el alma como

un torrente. Y es un torrente de delicia porque provoca deleite y dulzura en el alma. Y las buenas personas beben de él».

Está claro en la Escritura que Dios quiere que experimentemos su presencia y amor más profundamente. No obstante, no podemos esperar que esta experiencia suceda necesariamente de inmediato cuando lo pidamos, o que suceda constantemente, ya que hay mucho que Dios necesita sanar y purificar en nuestros corazones humanos caídos. Nuestro deseo debe ser por Dios mismo, no por sentimientos hacia Dios. Las emociones vienen y van. Los sentimientos no son fiables, pero Dios mismo es fiable.

También debemos evitar la tentación de compararnos con otros

y asumir que nuestra propia relación con el Señor es pobre porque es menos emocional o menos dramática que la de otro. Dios creó a cada uno con una personalidad singular, y no hay dos personas que reaccionen exactamente igual cuando se encuentran con el Señor.

Así, en espacios donde estamos buscando llevar a las personas a un encuentro con el Señor, como el seminario de vida en el Espíritu, es útil animar a las personas a abrirse completamente a un nuevo encuentro con el Señor, aunque equilibrando esto con un recordatorio de que no hay dos personas que respondan exactamente igual cuando el Señor se acerca. Nuestras emociones no son la medida de

lo cerca que está el Señor.

Jesús le dijo a la mujer en el pozo: «pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». (Jn 4, 14). Él ve nuestra sed, ofrece una invitación, y a los que responden les ofrece su mismísimo ser. Entonces, desde lo más recóndito de nuestro ser, brotarán ríos de agua viva, para que nosotros mismos seamos eficaces en traer a otros sedientos al Señor.

Una fuente de agua subterránea solo se volverá un manantial cuando surja de debajo de la roca que la limita, como fluyó el agua de la roca que Moisés golpeó en el desierto. Esta es la imagen de la necesidad que tiene cada persona bautizada de entrar en una vida de conversión continua, de permitir que el Señor rompa lo que sea de piedra, abra lo que esté cerrado e ilumine lo increíble en nuestros corazones, de suerte que su agua viva brote en nosotros y a través de nosotros. 🙏

